

Biblioteca Nacional

AP 11

REVISTA
COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Suscripción Mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

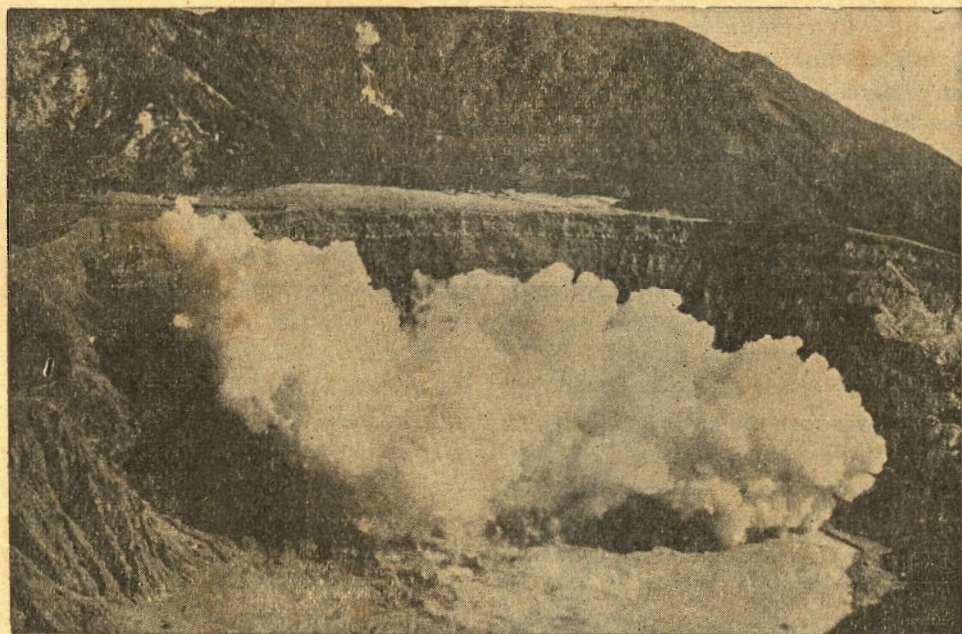
DIRECTORA:
SARACASAL Vda. DE QUIROS
Apartado 1239
OFICINA mi casa de
habitación N° 2730
Teléfono 3707
BARRIO: LA California
Av.. 1ª Calles 27_29

AÑO XIX

San José, C. R., Domingo 3 de Octubre 1948

No. 774

LAGUNA DEL VOLCAN POAS



Costa Rica tiene maravillosos paisajes, para deleite de sus hijos y atracción de los extranjeros. Contémplese la imponente laguna del Volcán Foás, adorno que la Providencia colocó a manera de una piedra preciosa que adorna la arrogancia de nuestras montañas.

Cortesía de la Junta Nacional de Turismo.

Manifiesto del Partido Liberal

NO! NO! NO SON VERDADEROS COSTARRICENSES, EN CUYAS VENAS CORRE SANGRE VIRIL, LISTA A OFRENDARLA PARA DEFENDER SUS UNICOS IDEALES: SU DIOS Y SU RELIGION

Venir en estos momentos de lucha y de dolor, a separar la familia costarricense es algo insólito, inspiración diabólica, porque sólo Satanás puede inspirar semejante Manifiesto.

Nos imaginamos a nuestra patria querida como a una amorosa madre a quien Caín le han arrancado a su única hija para martirizarla y se la devuelven aniquilada, exhausta, casi muerta; pero ahí están sus Abeles, hijos verdaderos, patriotas, unidos, farnamentalmente, ella está segura que todos harán hasta el último sacrificio por salvar a la Patria y le darán una nueva vida, vida vigorosa llena de ideales... Sobre esa patria ha sido derramada la sangre de los mártires que sucumbieron en las batallas y esa sangre dará su fruto... renacerán de nuevo las blancas azucenas, las blancas rosas, las bellísimas rosas rojas, los nomeolvides, los lirios del campo, las orquídeas, todas las bellísimas flores, símbolos de todas las virtudes que han de dar su fruto en los corazones de los verdaderos costarricenses que animados por el amor patrio han de volver a ser felices gozando de la VERDADERA PAZ que sólo Dios nos puede dar.

Y veremos renacer en el corazón de los costarricenses todas las virtudes, representadas por esas flores: la blancura de las azucenas y el perfume de ellas serán símbolo de la pureza de las almas; los lirios de los campos florecerán allí donde el mundanal ruido no llega a manchar la pureza de los niños. Las orquídeas brotarán de los corazones cuyos ideales se forman mirando al cielo, desprendiéndose de las miserias de la tierra, éstos son los privilegiados porque sus almas bellas no quieren mancharse con pasiones malsanas y es por ello que florecen en lo más alto de nuestros cedros, de nuestros pinos, donde no llega el ruido de las murmuraciones, ni el odio, sólo llega el trino de los pájaros alabando al Creador, que

les ha concedido el mayor bien que se puede recibir, LA LIBERTAD que ama tanto Dios.

Dios es poderoso, sus perfecciones son infinitas, tolera nuestras pequeñeces y miserias, si quisiera nos hundiría en la noche de la eternidad. Pero es tan bueno que nos ama y espera para perdonarnos que comprendamos cuán pequeña es nuestra miseria humana. Pero desgraciadamente para algunos esta razón llega demasiado tarde, cuando han hecho el mayor daño que se puede hacer a las almas... alejarlas de Dios... tornarlas indiferentes... sembrando el odio... y desuniendo la familia costarricense.

Nos dicen que ese Partido Liberal lo forman un ciento más o menos, tenía que ser así, y más que fuesen, es algo ridículo querer imponer su criterio, bajo el nombre de libertad y democracia...

El III artículo de su programa dice: Ningún ciudadano podrá sufrir persecución por sus opiniones, salvo que realice actividades políticas invocando motivos religiosos, doctrinas contrarias a los principios democráticos del país o que tiendan a destruir su estructura social.

En Costa Rica la política se hace por simpatías al candidato, habiendo elegido Presidente a personas completamente ateas, pero en cuya honradez y patriotismo confiaron los costarricenses, quienes dejaron libertad para que cada uno siguiera su creencias religiosas porque comprendían aquellos talentos que elevarse a Dios es algo sublime y más bien sentían ellos haber perdido toda creencia pues se sentían desorientados y sin esa dicha de poseer ideales que los fortalecieran en las luchas y pruebas de la vida.

Al decir que ningún ciudadano podrá sufrir persecución, por sus opiniones, salvo que realice actividades políticas invocando motivos religiosos... más claro no lo canta un gallo, esto va directamente contra

todos los costarricenses que en su mayoría son católicos.

Es muy natural que si los enemigos se colocan ya en un frente hostil, los católicos no se van a quedar como mansos corderos que los llevan al matadero. Y si los hombres vieran con indiferencia dicha actitud, ahí estamos nosotras las mujeres que nos apersonaremos en la contienda.

Será abolida la Religión Católica en todas las dependencias del Estado porque la Iglesia no es Democrática... y se opone a todo lo que conduce a ella. En un artículo como éste no se puede refutar tanta ingenuidad en un tiempo como en el que vivimos en que ya sea por la Radio, por los innumerables libros, periódicos y revistas, se informa al mundo de todos los ideales del pensamiento humano que flotan libres sobre la redondez de la tierra... Gracias a esa hermosa libertad de pensamiento es que los costarricense ávidos de cultura nos empapamos del saber acumulado en esos cerebros genios que nos legaron las edades. Y no teniendo otro recurso que seguir a los grandes pensadores de Europa, que envejecieron sobre la Historia, sobre los preciosos pergaminos que conservan las grandes bibliotecas, SABIOS, cerebros privilegiados, como un Menéndez Pelayo, un Pasteur.

Un San Agustín, un Sto. Tomás de Aquino, que son columnas de la Iglesia Católica. Y los nuevos líderes del pensamiento como Marañón, Martínez Sierra y todos los que a diario nos deleitan con su profundísima filosofía, porque es de sabios el ser humilde...

Y vienen ahora unos niños a asustarnos con su actitud un poco irrespetuosa en un país excesivamente católico, donde se vivía antes en una fraternidad que nos envidiaban todos los países, donde todos éramos hermaníticos, y el mal del uno era del otro y todos nos ayudábamos en nuestras desgracias y amarguras de la vida...

Qué haría ese partido liberal si llegara al poder y le dijeran las Monjitas del Leprosario: —Nosotros nos vamos, ahí les dejamos a nuestros queridos enfermitos, talvez alguno de ustedes en unión de su esposa pueden ir a cuidarlos—. Y las Hermanitas del Sanatorio Durán y las del Hospital San Juan de Dios, y las del Hospicio de Huérfanos, y todas las demás Instituciones dirigidas por Religiosas y Religiosos que todo lo hacen por amor a Dios y no por la paga...

Y si se les ocurriera a todos los empleados públicos Católicos, Apostólicos y Romanos hacer lo mismo, dejar sus puestos porque todo debe estar en manos de los no católicos, ¿qué pasaría entonces?... Lo que está pasando en Rusia... desarrollando el programa que lanzó al mundo Stalin y su alto comando en el año 1945 y que fué publicado hace pocos días en uno de los diarios de San José y que es secundado por la masonería y los enemigos de la Iglesia Católica.

Escrito está: "Permaneceré con vosotros hasta la consumación de los siglos y las puertas o poder del infierno no prevalecerán contra mi Iglesia".

Sara Casal Vda. de Quirós

EN LA FARMACIA FISCHER

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,
SUEROS Y VACUNAS

Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischer siempre encuentra lo que busca.

Los ideales de nuestro Seráfico Padre San Francisco

FRATERNIDAD FRANCISCANA

Inspirado siempre por el Espíritu Santo, nuestro Seráfico Padre se formó sus ideales para que sus hijos llegasen a ser santos perfectos y en todo fueran ejemplo del divino Maestro Jesús, quien amó tanto a San Francisco que lo hizo otro Cristo como El y le imprimió sus Santas Llagas.

LA FRATERNIDAD FRANCISCANA ES UNO DE SUS MUCHOS IDEALES. Bien comprendía que la unión hace la fuerza y que si sus hijos vivían fraternalmente, la Orden de Frailes Menores llegaría fuerte hasta la consumación de los siglos.

Nosotros los Hermanos Terciarios formamos la Tercera Orden y somos verdaderos religiosos en el mundo, gozamos de todos los privilegios y gracias de todas las Tres Ordenes y estamos obligados a seguir los ideales de Nuestro Seráfico Padre.

La Fraternidad fué lo que más recomendó a sus hijos, diciéndoles: "Quiero que mis Frailes se muestren como hijos de una misma madre y cuando uno pida a otro una túnica o cuerda u otra cosa, désela generosamente. Deben comunicarse entre sí los libros y otros objetos agradables; aún más, cada uno debe forzar al otro a que los reciba. Quería que los mayores o sean los superiores fueran una cosa con los menores, que los sabios estuvieran unido con los idiotas con afecto de hermanos.

En conformidad con sus ideales prohibía cuidadosamente toda falta contra la caridad fraterna: Ningún Fraile diga o haga mal a otro... y guárdense los Frailes de calumniar a nadie ni contender con palabras, antes bien procuran guardar silencio, en tanto que Dios les da la gracia para ello. Y no litiguen entre sí con otros, sino que procuran responder humildemente: Siervos inútiles somos y no deben airarse porque todo el que se enojare con su hermano, será culpado del juicio; y cualquiera que dijere a su hermano raca, será culpado y cualquiera que le dijera fatuo, será culpado del fuego infernal. No juzguen, no condenen, y como dice el Señor, no tomen en cuenta las pequeñísimas faltas de los otros, sino más bien piensan sobre sus propios pecados en la amargura de su alma. "Aún menos deben estar envidiosos por las gracias y felices éxitos de sus Hermanos": El que tiene envidia a su hermano, por el bien que Dios dice o hace de él, comete un pecado semejante a la blasfe-

mia, porque tiene envidia al mismo Altísimo, que es quien dice y hace todo bien".

Pero a los que más detestaba el Santo era a los que osaban atacar la honra y al buen nombre del hermano, llegando a decir que los tales llevan veneno en su lengua y envenenan con él a los demás.

Oyendo en cierta ocasión como un Fraile denigraba a otro, se volvió a su Vicario Pedro Catanni y le dijo aquellas temerosas palabras: GRANDES PELIGROS AMENAZAN A LA ORDEN, si no se pone coto a los murmuradores. Pronto se verá manchada la buena fama de muchos, si no se tapa la boca a los que la manchan. Levántate, levántate, examínate con diligencia, y si encuentras ser inocente ese Fraile, a quien se acusa, impón al acusador un duro y público castigo. Si no puedes castigarlo tu mismo, ponlo en las manos del pugil florentino, así llamaba a San Juan de Florencia hombre de grande estatura y de grandes fuerzas. Quiero que tú y los ministros todos veléis con sumo cuidado, porque no se propague esta enfermedad pestilencial".

Vemos por lo dicho que el ideal de fraternidad, tal como se la figuraba Francisco, no siempre se realizó, donde hay hombres hay flaquezas humanas. Pero si bien en todo tiempo ha habido excepciones, sin embargo la familia franciscana como tal se ha distinguido por una íntima fraternidad, por más que los miembros de esta poderosa sociedad procedían de todas las partes de la tierra, llegaron a convertirse en un Templo del Espíritu Santo, unidos con los lazos del amor. Su cordialidad era indescriptible; cuando vivían juntos, todo era una porfía de amistad y cariño; cada uno estaba cuidadoso de cómo daría gusto

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada Joyería, donde encontrará Ud.: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para navidad

a los otros; ninguna privación era capaz de turbar su alegría; únicamente el temor de separarse en lo sucesivo afligía su corazón.

Cuando por fin Dios lo llamó a la gloria celestial, sólo sentía un peso en su corazón: era el que tenía que despedirse de sus frailes. Hizo venir a su presencia a todos los que allí vivían, y los exhortó a perseverar fieles en su vocación, y los bendijo, poniendo su mano derecha en la cabeza de cada uno a los ausentes, tanto a los que ya pertenecían a la Orden como a todos aquellos que hasta el fin de los siglos habían de agregarse a la Orden. Después recordó como el Divino Salvador antes de morir había celebrado con los suyos la Sagrada Cena y también quiso hacérsele semejante en eso, para lo cual hizo traer pan y después de bendecirlo lo partió y dió a cada uno de los Frailes que asistían sollozando. Esto era el símbolo de su tierno e inquebrantable amor de Padre y hermano. Así se verificó en él aquel dicho del Evangelio: "Habiendo amado a los que en el mundo eran suyos, los amó hasta el fin".

Poco antes de la declaración definitiva de la Regla escribió a un Ministro: "En esto quiero conocer, que tú amas al Señor y a mí, siervo suyo y tuyo, si hicieres esto, a saber: que ningún fraile en el mundo, si ha pecado y por grande que haya sido su pecado, después de ver tu rostro se aleje de tí sin haber obtenido misericordia, si es que él la ha implorado. Y si no la pide, pregúntale si la desea; y si él después compareciese mil veces ante tus ojos, muéstrale más amor que a mí, a fin de ganarlo para el Señor y ten siempre compasión de los tales. Y comunica a los guardianes cuando puedas, que tú por tu parte estás resuelto a obrar siempre de esta manera".

Al trazar el retrato del buen Superior, dice entre otras cosas: "El debe ser un hombre que consuele a los afligidos, siendo, como es, el refugio de los atribulados, no sea que si él no proporciona los medios de curación, caigan los enfermos en la desesperación. Para atraer a los contumaces a la mansedumbre, arrójese el mis-

mo a sus pies y ceda alguna vez de su derecho, para ganar a Cristo el alma del culpable. No cierre las entrañas de misericordia a los que han abandonado la Orden como abejas descaídas teniendo en cuenta que deben ser muy fuertes las tentaciones que ocasionan tales caídas. Cuando dejó de sus manos la dirección de la Orden, hizo a Dios esta oración: "Señor, a Tí te recomiendo esta familia, que tú me confiaste, como ahora a causa de las enfermedades, que tú dulcísimo Señor sabes, no puedo cuidar de ella, la encomiendo a los ministros. Ellos están obligados a darte cuenta en el día juicio, si algún fraile llega a perderse por su negligencia o por su mal ejemplo o también por una corrección demasiado áspera".

De este modo la idea de la Fraternidad Franciscana corre como hilo de oro por toda la concepción y organización de la Orden franciscana. Desde el principio hasta el fin las relaciones de un fraile a otro, entre el Superior y el súbdito están animadas de aquel pensamiento evangélico: **Vosotros sois todos hermanos**".

Más aún, el sol de la caridad franciscana lanzaba sus rayos sobre el mundo entero. **Francisco consideraba a todos los hombres como a sus hermanos y hermanas.**

Prohibió rigurosamente a los frailes que juzgaran a hombre alguno o que despreciaran una vida regalada y van cubiertos de llamativas, muelles y elegantes vestiduras, "Dios, les decía, es Señor nuestro y de ellos, y tiene poder para llamarlos a sí y santificarlos después de llamados. Mandaba a sus frailes que reverenciaran a estos hombres mundanos como a hermanos y señores suyos: como a hermanos, por haber sido creados por el mismo Creador; como a señores, porque ellos hacen posible a los buenos la vida de penitencia, dándoles las cosas necesarias para el cuerpo.

No contento con esto quería Francisco que sus discípulos amaran con amor fraterno aún

"EL CHIC DE PARÍS"

Siempre atento a complacer su clientela ofrece a Ud. abrigos, saquitos y faldas de última novedad como también corbatas, lazos, cuellos, galones en lentejuelas y otras blanco y en colores.

Para niñas, lindas carteras y sombreritos última moda neoyorquina todo escogido por su propietario.

a los mismos enemigos. Verdad es que con esto no hacía más que cumplir con un precepto evangélico que a todos obliga; pero son muy significativas la viveza y decisión con que Francisco entiende este precepto, la universalidad en su aplicación y la fecunda e insistencia con que recomienda el cumplimiento del mismo.

Recordemos algunas instrucciones y ordenaciones sobre este particular.

Al enviar a sus primeros Frailes a predicar les dirigió el Santo Fundador esta arenga: "Id, carísimos hijos, de dos en dos en todas direcciones del cielo, predicad a los hombres paz y penitencia para remisión de los pecados, sufrid con paciencia en la persecución y estad sin preocupaciones, porque el Señor cumplirá su propósito y su promesa. Si os preguntan, responded humildemente, si os persiguen, bendecidlos, si os hacen injusticias y os calumnian, dadles gracias, porque en cambio nos está preparado el Reino Eterno".

Conforme a esto el Santo manda en las Reglas de la Orden, que los Frailes practiquen con tanta perfección el amor de los enemigos, como Cristo la practicó y enseñó: "Los Frailes no resistan al malvado; antes bien al que les hiere en una mejilla, presentenle la otra, y al que les quita la capa, déndle también la túnica. Pónganse a disposición de aquel que les pide algo, y si alguno les quita lo suyo, no se lo reclamen. Y todos los Frailes donde quiera que estuvieren, acuérdense de que se han entregado a sí mismos a Nuestro Señor Jesucristo, y de que le han entregado sus cuerpos y por amor a El expónganse a los enemigos tanto visibles como invisibles; porque dice el Señor, El que por mí pierde su vida, la guardará para la vida eterna, Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros. Si os persiguen en una ciudad, huid a otra. Dichosos seréis, cuando los hombres os aborrezcan y calumnien y desprecien y os quiten el buen nombre y digan de vosotros todo mal por mi causa, mintiendo; y regocijaos en aquel día, porque vuestro premio es grande en el cielo.

Hermanos, amad a vuestros enemigos, y haced bien a los que os aborrecen. Pues también Nuestro Señor Jesucristo, cuyas pisadas debemos seguir, llama amigo al traidor y se entregó voluntariamente a los que le crucificaron. Ami-

gos nuestros son por consiguiente todos aquellos, que nos causan tribulaciones, penas, injurias y agravios, dolores y tormentos, martirio y muerte; a estos debemos amar de corazón, porque nosotros alcanzamos la vida eterna por medio de esos males que ellos nos infieren".

Todo lo que vengo de decirles lo dijo a la Primera Orden de Frailes Menores y como son Tres las Ordenes que fundó, natural es que fuese dicho para las tres órdenes, incluyendo Las Clarisas y la Tercera Orden que somos nosotros Hermanos Terciarios Franciscanos.

Y como nosotros amamos de todo corazón a Nuestro Seráfico Padre, debemos obedecerle en todo lo que ordenó para que pudiésemos ser fieles imitadores de su Santa Vida.

Si somos sus verdaderos hijos debemos cumplir estrictamente todo lo que dejó ordenado para que la Orden Tercera se fortalezca con el Espíritu de su Fundador, y llegue a ser una Orden tan bien constituida, donde todos sus miembros se preocupen por llegar a ser grandes Santos.

La Orden Tercera de San Francisco de Asís es el caminito más corto para llegar al cielo, si somos fieles observadores de la Santa Regla nos será fácil llegar a ser grandes Santos.

Unámonos fraternalmente todos los hermanos y hermanas y trabajemos para que la Orden Tercera sea un nido de amor y fraternidad, así complaceremos a nuestro Seráfico Padre y Jesús buen Pastor de las almas nos bendecirá y colmará de las gracias que derramó sobre nuestro Seráfico Padre.

Para terminar, nosotros, hermanos terciarios, debemos tener siempre presente la PRESENCIA DIVINA, si llegamos a empapar nuestro corazón en este pensamiento: DIOS ESTA AQUÍ, me está mirando, y leé hasta lo más oculto de nuestra conciencia, NOS AMA, derramó hasta la última gota de su preciosísima Sangre por redimirnos, no debo ofenderlo ni con la más leve falta; procuraré corregirme hasta de las imperfecciones... para demostrarle que mi amor es verdadero.

El nos dejó dicho: AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS COMO YO OS HE AMADO Y AMAD A VUESTROS PROJIMOS COMO A VOSOTROS MISMOS.

Sara Casal Vda. de Quirós

Hermana Ministra de la Tercera Orden de San José.

19 de Setiembre de 1948.

CONSIGNANOS SUSCRITORES

NOVELA

—¡Qué afrenta para mi alma! Amelia: acaso tenéis razón, y sois justa, al no que rer a un hombre que os ha arrancado de la dulzura de vuestra familia, cuando os creía próxima a morir. Pero ¿qué he hecho yo para que me supongáis tan bajo, tan infame, tan despreciable, como lo sería si os desara la muerte?

—Nada; es verdad. Os creo bueno y generoso. Pero, lejos de aquí he tenido mucho tiempo para reflexionar. No en los primeros días, pues estaba tan abatida, tan postrada que sólo pensaba en mi padre, en mis hermanos, y en la salvación de mi alma, que debía comparecer pronto ante Dios. Después, cuando con alegría y miedo me sentí volver a la vida... pensé que nada había tan humillante y culpable como un matrimonio sin amor.

Gosta escondió su rostro entre las manos. Y ella, tímida, suave, le dijo:

—Tengo razón, ¿verdad?

—Sí, pero, Amelia, ni ante nosotros mismos ni ante Dios podemos considerar nos marido y mujer. Me habéis otorgado la conservación de mi solar, de mis ensueños de juventud; me habéis permitido abandonarme a mis pesares y tribulaciones y recuerdos: yo, en cambio, prometí a vuestra casa mi... defensa.

Su esposa se incorporó y, sonriendo con amargura, repuso:

—Lo sé, Gosta; lo sé. Tenéis un alma magnánima, leal y, sin embargo, cuando levantando vuestra copa me distéis la bienvenida, me pareció que a vuestros ojos se asomaba algo de inquietud, de espanto...

—¡Pues sí, Amelia, sí; no os habéis engañado! Sentí inquietud y espanto. ¿Y por qué? No era que temiese que vuestra vida dañase mi libertad... Entregado del todo al recuerdo de mi dicha, tan pronto segada, estoy muerto para el amor... Mi libertad ha de seguir intacta; yo

no abdicaré nunca... Y ahora, que me doy cuenta exacta de lo ocurrido en mí, viéndoos de nuevo a mi lado, comprendo que el sentimiento que os pareció de ruín egoísmo, era de piedad por la visión del porvenir que os aguarda. ¡Qué triste ha de ser vuestra vida junto a un hombre incapaz de amaros! Ved, Amelia, que sois vos y no yo la víctima, la engañada. Creis teis concederme los últimos meses de una vida que se extinguía, y esos meses posteros lo mismo os daba pasarlos en Lindenás que en Halleborg. Y hoy que habéis triunfado de la muerte me creéis sacrificado sin pensar en el horrendo sacrificio de vuestra libertad, de vuestra vida, que pudo ser tan venturosa. ¿No soy yo quien debe pedir os perdón, Amelia?

Humilde y trémula contestó ella:

—Gosta, acaso os engañáis diciendo que he triunfado de la muerte. Estoy mejor, pero no completamente curada. Mi vida pende, todavía, de un hilo muy fino y quebradizo. Mas, sea duradera o corta, yo la considero un don, una gracia vuestra. Si no me hubieseis librado de la pobreza de Lindenás, hace tiempo que estaría muerta. Gracias, Gosta, por lo que habéis hecho; gracias por lo que acabáis de decirme... Y ahora, permitidme que os pida toda franqueza, toda verdad es una cosa que me preocupa dolorosamente: ¿Os hiere, os pesa mucho mi presencia?

—¡Sois cruel conmigo! Yo os respeto; vuestra presencia honra a Halleborg. Su fro porque reconozco que soy vuestra perpetua tortura y el eterno obstáculo de vuestra felicidad. ¡Es, el sentimiento de haberos sacrificado lo que se opone a que os muestre todo mi afecto!

Una gozosa luz pasó por los ojos de Amelia que le interumpió con infantil viveza:

—Entonces, Gosta, la vida será dicho-

sa para nosotros. Yo haré todo, todo cuanto pueda.

—¡Pobre criaturita, qué poco conocéis esa vida! ¡No os dais cuenta de que con la resurrección de vuestra salud, de vuestras fuerzas, sentiréis deseos nuevos, que vuestra belleza, vuestra juventud harán que vuestro corazón exija su parte de dicha en la tierra!

Con altivez exclamó Amelia:

—¡Gosta, llevo vuestro nombre! ¡Sabed que no he de olvidarlo nunca!

—No lo dudo. Sé que jamás la sierpe de la maledicencia podrá morder en la castellana de Halleborg. Creo, también, que somos, hasta cierto punto, dueños y señores de nuestros sentimientos; y tenéis el corazón demasiado noble y puro para que se empañe en la más leve culpa. Y sin embargo vendrá un día en que la naturaleza os reclamará sus derechos, como sucede en todas las mujeres. ¿Comprendéis por qué seré yo quien siempre os tendrá que pedir perdón?

Amelia se puso en pie, y tomando las manos del esposo murmuró:

—No; nada comprendo; pero adivino que lo único que puede preservarnos de un gran infortunio es una infinita confianza y lealtad entre nuestras almas. Yo os juro, que si alguna vez comprendo que va a suceder lo que habéis dicho, lo sabréis por mí misma. Juradme, también, que me diréis sinceramente si llegó a ser un obstáculo para vuestra felicidad.

—¡Lo juro!

—¡Pues bien; ayudémonos mutuamente a soportar el yugo que nos hemos impuesto, a caminar con valor, sea largo o breve ese camino de la vida que hemos de recorrer juntos!

—¡Ayudémonos! ¡Y ojalá tengáis en Halleborg un retiro y estancia feliz, Amelia!

—Gracias, Gosta. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando Amelia se quedó sola en su estancia arrodillóse y dirigió al Señor esta ferviente oración: "¡Gracias, oh Padre

mío celestial, por haberme asistido y amparado en este día que tanto me asustaba! ¡Gracias por haberme dejado descubrir la noble y delicada alma de mi esposo! Perdonadme. Señor, la profanación del más santo de vuestros sacramentos. ¡Es que no me daba cuenta de lo que hacía! ¡Dadnos fuerzas para cumplir santamente la difícil misión de nuestras vidas!"

Una inefable paz dulcificó su alma al terminar su plegaria.

...Llegaba el otoño.

El mal no rebrotó. Amelia, que no des cuidaba ninguna de las prescripciones médicas recibió los primeros fríos sin cesar su mejoría. Al contrario, se sentía vigorizada por ellos.

Observándola, y pensando si la salud de Amelia exigiría un nuevo viaje, Gosta no lograba decirse si anhelaba o no la segunda ausencia. Continuaba su vida de antes; repitiendo el tiempo y sus pensamientos entre el trabajo de engrandecer y hermopear su Halleborg, y el culto de sus recuerdos.

Durante las comidas, Gosta y Amelia comenzaban ya a cambiar impresiones, a contarse sus empresas o labores.

Hasta en los primeros días de un matrimonio venturoso, suele haber entre los desposados fugaces enojos, pasajeras querellas, que el "ser divinizado" por ellos mismos pisa la pobre tierra y tiene las imperfecciones y está sujeto a las flaquezas de todas las criaturas. Gosta y Amelia no sufrieron esta decepción. Al contrario; no esperando más que lo desagradable y penoso, admirábase de ver deslizarse apaciblemente los días. Y por la noche, al recogerse en sus dormitorios, solían murmurar: "¿Cómo puede hablar tan bien?" "¡Sus ojos infunden alegría y aliento!"

Un día, de vuelta de caza, en la que sólo mató una perdiz, Gosta entró en la cocina y llevando él mismo la pobre ave-recomendando a la señora Ulla que la guisara esmeradamente.

Cuando, a la hora de comer sirvieron este plato, Gosta trinchó la perdiz y ofreció un trocito a Amelia, que lo aceptó con ojos brillantes.

—Guardadla toda para la señora baronesa—, ordenó en seguida el criado.

Y como Amelia le mirase sorprendida, Gosta añadió:

—Es que he advertido que os gusta mucho la caza.

Ella sonrió, y alzó su copa agradeciéndole la fineza.

¿Por qué la atendía y cuidaba tanto, si su presencia le enfadaba?

Pasaron solos las fiestas de Navidad.

La delicada salud del Chamberlán no permitía que se trasladase a Halleborg; su esposa no quiso dejarlo solo, y los hijos imitaron a la madre.

Aquellas fiestas fueron muy distintas de las mismas de los primeros meses de casados. Entonces, Amelia no podía abandonar el lecho; ahora en cambio vigilaba y cuidaba de todos los preparativos, y ella misma prendió los pequeños y rizados cirios del árbol de Navidad.

Amelia dedicó a su esposo varios primoros bordados, y Gosta le regaló libros, lindísimos enseres de tocador, y joyas que expresaban la creencia de que su mujer gozaría de ellos mucho tiempo.

Probándose los adornos y alhajas, Amelia le miraba afanosamente, preguntándose si habría renunciado Gosta a sus designios, si se habría resignado a tenerla siempre a su lado. Y Amelia tenía razón para pensar así, porque Gosta le sonreía, contemplando gustosamente el efecto de las galas y joyas con que su mujer se ataviaba.

Encontrándose sus miradas, y Gosta leyó la esperanza en la de Amelia.

Por la noche, al separarse, sintió Gosta impulso de demostrar a su esposa un poco más de afecto. Pero ¿cómo besarla sin que su caricia no resultase frívola o una limosna de cariño? Contentóse con besar su mano, diciendo:

—Agradezco tiernamente a esta peque-

ña y delicada mano, todos los primores que para mí han tejido!

CAPITULO XII

VANOS ESFUERZOS

La primavera vino anticipada. Entibióse pronto el ambiente; y desde los comienzos de abril, pudo Amelia salir en coche. Frecuentemente la acompañaba Gosta o se reunía con ella en el parque o en la ribera del lago.

Las primeras veces que, sin buscarlo, se encontraron, contemplando la silueta de su esposa, la dulzura de su rostro, que respiraba juventud y vida, Gosta sentíase violento. Aun acusándose de poco generoso, reconocía que le pesaba verla tan... fuerte. Hubiese querido que el doctor ordenase un nuevo viaje al Mediodía. Pero al insinuar esto al sabio, éste, sonriendo contestó:

—¡El milagro ha sido hecho! En adelante, podéis emprender con vuestra esposa todos los viajes que queráis, sin preocuparos mucho de la latitud del punto que elijáis. No os aconsejaré, todavía, las brumas de Londres ni los hielos del Spitzberg, pero fuera de esos parajes tan crudos, podéis ir donde queráis, pues la Baronesa está completamente restablecida. Siempre he creído que Dios era mejor mé dico que yo; pero, esta vez, ha intervenido con tan milagrosa eficacia, que entre mi alegría inmensa por el resultado, siento algo de vergüenza por el error de mis augurios.

¡Acompañar a su mujer al extranjero! ¡Gran Dios! ¡Aquél era el sueño predilecto que trazara con Julia! ¿Y aquel sueño debía de realizarlo con Amelia? ¡Oh, nunca!

Habíanse prometido mutua sinceridad. Pues bien: había llegado el momento de decirle cuánto le hacía sufrir su presencia, y de decirle que emprendiera sola un nuevo viaje al Mediodía. ¿por qué no ausentarse él? De todos modos, abordaría aquel tema durante la comida.

El júbilo del sol de junio doraba la amplia mesa, quebrábanse sus rayos en la fría cristalería, en la plata, penetrando encendidamente en las flores que la mano de Amelia cortara durante el paseo de la mañana.

Vestía la gentil Baronesa una túnica de muselina que armonizaba con la pureza de su carne y el oro de sus cabellos.

Gosta la contemplaba admirado.

¡Qué expresión de serenidad y de contento tenía, siendo tan desventurada! Sólo podía aparentarla fingiendo como una actriz, o siendo aun la misma niña que se resignó a su venta, no sintiendo la tristeza de la farsa que representaban sentados frente a frente.

Ansioso de allarse a toda costa, decidió el Barón restaurar las habitaciones de su esposa antes que llegase el invierno y le indicó que durante los trabajos se trasladase a Lindenas.

—Me parecen demasiado buenas mis habitaciones— repuso Amelia —pero si creéis muy necesarias esas obras, hay en Halleborg bastantes aposentos donde alojarme mientras las arreglan. ¿Para qué marcharme, Gosta?

—No, Amelia; no encuentro ninguna de la amplitud y comodidad que habéis de menester, mientras que el departamento para huéspedes de Lindenas tiene la misma orientación y holgura que el vuestro de Halleborg.

Ardieron las mejillas de Amelia. Había comprendido que Gosta ansiaba alejarla, desembarazarse de ella siquiera por algún tiempo. Mas ¿por qué obligarla a salir de Halleborg? ¿Por qué no emprendía él un viaje? Halleborg, que los dos, habían comprado a tan difícil y subido precio, le era tan amado que le inspiraba el celoso deseo de tenerlo y gozarlo sobre él.

Amelia resignóse y partió hacia Lindenas, antes que llegasen los obreros que debían realizar las inútiles modificaciones de sus estancias.

Gosta creyó sentirse alegre y libre cuan-

do, por la noche, se encontró solo en su castillo. ¡Qué alegría la de poder recorrerlo todo sin encontrar a la advenediza

Y comió solo; y comió poco. Se acostó temprano; y durmió mal.

Podía recorrer libremente el parque, los jardines, todo Halleborg; y fué a las habitaciones de Amelia. Su pensamiento voló a ella. Y sin embargo no había im- preso aún su sello espiritual; los muebles estaban ordenados, los armarios vacíos, cerrado el lindo escritorio; sobre las mesitas no quedó ninguno de aquellos menudos objetos o prendas de la predilección femenina: nada. A Gosta le parecía hallarse en el frío cuarto de algún hotel abandonado para no volver más.

“¡Pobre pequeña mía!— pensó.—Aún no se siente en su casa. He aquí un tintero, debe de haberlo usado; las plumas no son nuevas. ¿Escribir, a quién?”

Cuando Gosta se consultaba si era dichoso por la ausencia de Amelia, decíase que gozaba de la máxima felicidad; y entretanto la señora Ulla se desesperaba viendo que el Barón apenas se dignaba probar los manjares.

Dos veces en tres días imaginó pretextos para visitar al pastor Hjelm. Al despedirse, le pedía que fuese a verle, que no le olvidara en su soledad; soledad que tanto apeteciera y en la que encontraba —añadía siempre—su más grande deleite...

Salió para presenciar las faenas de la cosecha. Y, distraído por sus pensamientos tomó dirección distinta a su propósito; y cuando se detuvo para enmendarla y orientarse, se dió cuenta de que había recorrido la mitad del camino de Lindenas.

¿Porque no seguir? Amelia no había sido consultada respecto al papel y tapicería de su cámara. ¡Qué torpeza la suya! Debíó pedirle su parecer antes de marcharse; se habría así evitado la fatiga de ir a Lindenas. Volvió al castillo, tomó las muestras enviadas por el tapicero, hizo preparar su coche, y partió.

(Continuará)

Pica Bernardone, madre de San Francisco de Asís

En la vida de todo hombre grande hay siempre la huella de una mujer—dijo un profundo pensador—, y leyendo esta conmovedora y suscita biografía de la madre del Poverello, comprendemos cuanto su ternura influyó en la piedad amorosa y sin límites que caracterizó al que se nos antoja el más dulce de todos los santos.

¡Que interesante sería haber nacido hace setecientos cincuenta años, en una época de inquietudes, controversias, investigaciones e impaciencia búsqueda del conocimiento! La necesidad de lograr la propia expresión estimulaba tales deseos de superación.

Dante, el gran poeta de Italia, prefirió escribir, en el lenguaje común, el italiano, antes que en latín, que sólo era conocido por los funcionarios de la Iglesia y los hombres de cultura superior.

El Giotto otro compatriota, empleó en la realización de sus pinturas sus propias observaciones e ideas. Estudió la naturaleza directamente, en estrecho contacto con ella y marcó rumbos en la pintura liberada de las rígidas reglas impuestas por funcionarios que sabían muy poco de arte.

En esa época, el arte se constreñía a ser un auxiliar de la religión, un nuevo encanto para los ojos, ya que el hombre común, que no sabía leer, aprendía la historia de la religión, a través de las pinturas murales que decoraban las iglesias y de las esculturas colocadas a entrada de las mismas. Pero las enseñanzas divinas podían ser impartidas igualmente y aun con ventaja, mediante pinturas que no se limitarían a ser simples copias de patrones establecidos, sino que significaran al mismo tiempo un aporte de belleza.

Además, aquellos eran tiempos de lucha: lucha por el poder y los derechos individuales; y un largo batallar por la riqueza. Centralizada la atención en estos objetivos, las enfermedades y el sufrimiento de los humildes aumentaban.

El mundo tenía gran necesidad de que alguien hiciera retornar la esperanza y la fraternidad.

¡Cómo se habría sorprendido Madonna Pica, esposa del opulento mercader Pietro Bernardone de Assisi, si hubiera podido saber que su pequeño hijo estaba destinado a cumplir esa misión! Y que Giotto— el gran renovador de la pintura—, dejaría un día estampada en los muros de la iglesia de Assisi, con la belleza

de la línea y el color, la historia de la vida de su hijo, para admiración y maravilla de las generaciones futuras.

Le hubiera parecido imposible que su vida y la de su hijo llegaran a ser contadas y repetidas, en emocionantes relatos, a través de los siglos transcurridos desde entonces.

Pero ninguno de esos pensamientos pasaba por la mente de Madonna Pica mientras se hallaba sentada con su pequeño hijo entre las fragantes flores de su jardín, en la encantadora Assisi, hace tantos años.

Soñar junto a su hijo mientras contemplaba el escenario que los circundaba —campos abiertos de viñedos, colinas grises y plateadas por los olivos, campos de dulces tréboles— constituía toda su ambición. Y sus sueños eran agradables, sobre todo cuando elevaba sus ojos hacia las colinas distantes, aquellas colinas teñidas de azul que conducían a Perugia, la rival de Assisi, Madonna Pica suspiraba feliz, embargada por la emoción que emanaba de la apacible belleza del campo extenso. Dejaba vagar afectuosamente sus ojos por las empinadas, angostas y a menudo elevadas calles de Assisi, encaramada en la altura de un vertiente de los Apeninos. Las casas, de piedra rosada, con techos de tejas marrones, sumaban notas de color al verde de las faldas y de los valles. A menudo, una planta de flores rojas, atisbando desde una ventana abierta, añadía belleza y relieve al verde.

Sólo las prolongadas ausencias de su esposo empañaban la alegría de Madonna Pica. El nacimiento de su hijo le sorprendió en Francia, vendiendo sus ricos géneros y sedas. A su regreso puso a su retoño el nombre de Francisco, que significa "pequeño francés". Y ella, que procedía de tierras famosas por sus cantores y trovadores, recibió complacida el nombre. Se

CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista
 LENTES Y ANTEOJOS
 DE TODOS LOS PRECIOS
 Frente al Gran Hotel Costa Rica

BETTINA DE HOLST HIJOS

LE OFRECE: Lino para manteles y sábanas Lino finísimo para manteles de altar. Toda clase de hilos D. M. C. Nuevo surtido de avalorio. Aros para bordar de todo tamaño con tornillo y con resorte. Hilo para bordar a máquina gran surtido de lanas para tejer. Tela plástica para capas. **Teléfono 4056**

sintió contenta de recordar muchas canciones y cuentos franceses, con los que entretenía y educaba a su hijo. Como ella, y gracias a ella, el pequeño Francesco desarrolló un gran amor por el romanticismo y la belleza de Provenza y la música de su lenguaje.

Madonna Pica monologaba tiernamente mientras acariciaba el suave cabello del muchacho.

"Francesco es tu sobrenombre, mi querido Giovanni. Sin embargo, pienso que el uso lo ha de convertir en tu nombre real. Deberíamos llamarte "Francesco de los pájaros", pues siempre estás elevando tus manos hacia ellos; o "Francesco de las flores" pues también a ellas profesas verdadero amor. A veces pienso que les hablas en su lenguaje secreto".

Perdida la vista en las brumas suavemente azuladas de las lozanas colinas, soñaba a menudo en el futuro de su chiquillo. ¿Sería mercader como su padre? ¿Poeza? ¿Cuentista? En ambas tierras abundaban las leyendas. ¡Oh bien, podría llegar a ser un caballero cruzado! De lo que estaba convencida es que cualquiera que fuese el camino que tomara en la vida estaba predestinado a alcanzar una posición prominente.

"¿Soñando aún, Pica?" la interrumpía Pietro con una sonrisa. "Los años tan sólo pueden dar una respuesta a tus sueños o a los míos, de que se convierta en un afortunado mercader. Mas, entretanto, tus manos y tu atención estarán ocupadas en este pequeño ¡Míralo ahora!"

Los ojos oscuros del pequeñuelo estaban fijos en un pájaro de alas brillantes que se encontraba posado en la rama de un árbol vecino y con su débil voccecita lo llamaba "Pájaro, pájaro", mientras extendía sus brazos y emitía extraños sonidos como si intentara imitar su canto.

"¡Pietro!" — susurró Madonna Pica, con voz trémula de emoción— "nuestro muchacho no

es un muchacho común. Los pájaros inclinan su cabeza como escuchándole. Y cuando extiende sus brazos no hay gato, perro, ni oveja que no vaya hacia él".

Su esposo reía con la risa sonora y esponjosa del hombre satisfecho que vive en la prosperidad. "Es un jovencito fuerte... mi querida Pica, pero que en nada se diferencia de los demás muchachos de su edad, como no sea en su mayor fortuna. En cuanto tenga edad suficiente me ayudará en la tienda y será el joven mejor vestido de Assisi y de muchas millas a la redonda. Se destacará y guiará a los hombres, haciendo famoso el nombre de Bernardone".

Una nubecilla oscureció la diafanidad del día para Pica Bernardone. Algo le decía que su hijo era diferente y anhelaba conservarlo tal como era. Lo imaginaba más como un soñador que como un vendedor de géneros. Para Francesco los días continuaban siendo hermosos y brillantes. Se sentía feliz con su madre y con las bellezas que lo rodeaban, que ella le decía provenían de Dios.

El cielo era casi siempre de azul inmaculado; las flores y las viñas de los más variados colores, exhibían sus mejores galas para encanto de sus ojos, y esparcían una suave fragancia en su jardín, de luz y de sombra.

Madre e hijo gozaban diariamente con los relatos, o juegos instructivos, Francesco se recostaba en las rodillas de su madre y sonriendo cariñosamente, imploraba: "Un cuento, Mamá Pica, por favor, cuéntame uno". Y eso era suficiente para verse complacido. Cada una de las nuevas leyendas le parecía más deliciosa que las anteriores. Sucedió en ocasiones que otros niños escuchaban el relato, pero, generalmente, escapaban para continuar sus juegos.

"¡Cuéntame, madre, la historia del caballero y su dulce dama!"

"¿No te he contado ya la del caballero Aucasin y Nicolette, su dulce dama?" "¿No? Es

cuha, entonces. Los trovadores la cantaban y recitaban incesantemente, en los castillos de mi adorada Francia. Acércate, hijo mío, y conocerás las aventuras de este caballero y su dulce amada”.

Francesco bebía cada una de las palabras del relato; su atención se sentía poseída desde el momento en que su madre comenzaba el cuento, diciendo: “Dulce el canto, el cuento dulce, hasta que concluía con la huida final de los amantes y el descubrimiento de la verdadera identidad de Nicolette. Pero la parte que más parecía agradaerle era aquella que relataba como Nicolette se había perdido en los bosques y las fieras no le causaron daño alguno”.

“Los pájaros deben de haberla alimentado”, decía su madre contestando a sus preguntas “y los animales salvajes la protegían, porque confiaba en ellos, y no los había maltratado”.

“También a nosotros nos hubieran cuidado,

puesto que los amamos. Madre, ¿quieres que cantemos ahora la canción del valiente Rolando y su buen amigo Oliver, el más bravo del ejército de Carlomagno?”

Y juntos entonaban la vieja y conmovedora canción que Pica aprendiera, siendo niña. En Florencia. Los criados interrumpían su trabajo para escuchar y los trinos de los pájaros llenaban el espacio al unirse al canto.

Los sacerdotes de una iglesia vecina enseñaron a Francesco el latín, a leer y escribir. Le dieron también lecciones de religión, mas éstas no penetraron en el tierno corazón del muchacho con la misma fuerza de las historias de caballería que su madre le contaba.

“Madre —decía el niño— eso es lo que será: un caballero muy valiente que prestará su apoyo a todos los que se encuentren en desgracia”, y al decirlo, estaba seguro de la sabia comprensión de su madre.

SUPLICAMOS

a los Agentes y suscritores atrasados ponerse al día pues necesitamos ese dinero para pagar nuestros gastos de impresión de la Revista. Si no lo hacen, nos veremos obligados a publicar sus nombres.

Esta es la última advertencia que hacemos.

La Dirección



Para madres que no pueden alimentar a sus criaturas

¡No se preocupe! La leche de vaca puede prepararse de manera que la criatura más joven puede digerirla sin molestias. El agregado de “Cebada ‘Patent’ de Robinson” impide que la leche forme grandes coágulos en el estómago de la criatura, facilitando a los delicados órganos digestivos desempeñar su función perfectamente y preparándolos a la vez para digerir alimentos más pesados en su vida futura. Por eso, las niñeras y madres prudentes siempre utilizan “Cebada ‘Patent’ de Robinson”.



LA CEBADA 'PATENT' DE ROBINSON

Agentes: COSTA RICA MERCANTILE CO., San José

"Nunca debes dejar de ser bueno de corazón, Francesco. Ama a tu prójimo, sé generoso con aquellos menos afortunados que tú, concérvate puro en mente y en corazón y honra a Dios". Estimaba Francesco las palabras de su madre, aunque a veces parecían caer en terreno infértil. Otras influencias incidían sobre el joven. Su padre y los muchachos de Assisi lo empujaban hacia otra senda, opuesta a la que su madre le señalara.

Francesco Bernardone disponía de todo el dinero que necesitase para gastar en ropas y diversiones.

Llevaba una dispendiosa vida de príncipe y se transformó en el jefe de los jóvenes de Assisi. Encabezaba las procesiones por las estrechas calles del pueblo y su voz era la más alegre y fuerte en los banquetes.

Mas de una vez su madre —la buena señora Pica —sacudía la cabeza y suspiraba, al ver salir a su hijo lujosamente ataviado, en compañía de los hijos de los nobles, como si también él hubiera nacido en un castillo y fuera de sangre real. Pero Pietro se jactaba de su hijo y en su orgullo declaraba:

—"¿No te decía, Pica, que nuestro hijo sería un jefe? Es, entre todos los jóvenes, quien mejor viste en Assisi. Su voz se escucha por todas las demás y todos le obedecen, sin discusión alguna".

—"Nuestro Francesco es demasiado extravagante, Pietro", respondía la madre, reemplazando su habitual sonrisa por una mirada plena de ansiedad. "Y sin embargo, es aun generoso y anhela compartir todo lo que tiene. Me gustaría que supiera elegir mejor sus amigos. Aquellos a quienes hoy llama tales, malgastan totalmente su tiempo, comiendo, bebiendo, gritando y cantando en las esquinas, hasta altas horas de la noche. No los guía ningún fin útil en la vida. Ojalá Francesco no estuviera destruyendo sus mejores años".

Pietro rezongó y se fue. Se encontraba satisfecho de su hijo y orgulloso de sus condiciones. Convencido estaba de que aportaría gloria al nombre de Bernardone.

En ocasiones las andanzas de la turba de patoteros que Francesco Bernardone conducía por las calles vestido con ricas telas carmesí bordado en oro, arrancaban protestas a los habitantes de la ciudad; y finalmente, éstas alcanzaron a Madonna Pica.

—"Mi hijo no es malo" —decía ella en su defensa—. "Tal vez sea travieso y mal orientado, pero malo no. Es muy extravagante, lo reconozco, y a veces un príncipe del placer". "¿Pero qué otro muchacho, no solamente en Assisi, sino en toda Italia, es más generoso

que él? Nació predestinado a servir a Dios y glorificar su nombre".

Bien pronto un acontecimiento vino a confortarla, haciéndole comprender que aun cuando Francesco hubiera caído en una vida sin control y llena de extravagancias, continuaba siendo su buen hijo, de corazón tierno, generoso, que poseía los instintos de un verdadero caballero.

Al comentar el hecho con su madre no se disculpó, lo que hizo que ella le amase aun más.

—"Me encontraba en la tienda de papá mostrando las sedas y bordados a los clientes, para persuadirlos de que las comprarán, cuando repentinamente... —no tengo palabras para expresarlo, madre—... sentí, más bien que vi... Se detuvo. "Sí, Francesco... ¿Qué has sentido...?"

—"Sentía que alguien más se encontraba en la tienda, y una voz parecía estar hablándome desde el corazón, y rogándome que fuera bueno. Levanté la vista, pues entreví una sombra en la puerta, y vi que parado en ella se encontraba un mendigo, muy andrajoso y cubierto con polvo, pidiendo dinero".

—"Y bien, Francesco, ¿qué hiciste?"

—"Dadme una limosna, por el amor de Dios, —exclamaba el mendigo—. Y desoyendo la voz del corazón lo hice retirar sin darle nada".

—"Lo dejaste marchar con las manos vacías? ¿Tal cosa has hecho tú, que tanto posees?"

—"Sí, madre, le ordené que se fuera.. Pero no bien su sombra desapareció de la puerta, comprendí que debía hacerlo volver y ayudarlo con entera prodigalidad, como lo haría con el enviado de algún rey o príncipe poderoso".

—"¿Lo llamaste, hijo?"

—"Sí, madre. Salí corriendo y lo encontré a poca distancia de la tienda. Entonces me

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA UD. EN LA

Tienda de DON NARCISO

bendijo en nombre de Dios. Prometo, madre, a ti y a El, que siempre ayudaré a los necesitados, como lo haría un verdadero enviado de Dios".

—“Francesco, esa es una promesa bendita. Me place imaginarte un caballero de Dios”.

Madonna Pica sonrió de todo corazón. Si su hijo había caído en la vida licenciosa, su corazón permanecía incontaminado.

Por ese entonces las ciudades se declaraban la guerra con frecuencia.

En 1202, llegado Francesco a la juventud, las campanas de la iglesia de Assisi repicaron convocando a la lucha contra Perugia. Entre los que respondieron al llamado se encontraba Francesco Bernardone, que, a la sazón, contaba 20 años de edad. Por fin comenzaban a realizarse sus sueños de participar en aventuras de hidalguía y caballería.

“Cuidate y recuerda tus juramentos, hijo” ... decía su madre al agitar su mano en la despedida, mientras la larga caravana, con sus armaduras brillando a los rayos del sol y los gallardetes ondeando al viento, teniendo como fondo el azul del cielo, perdíase entre las colinas para ir a entrar en batalla contra los defensores de Perugia.

Pasaban las semanas y su hijo no retor-

naba. “Si pudiera tener aunque más no fuera unas palabras de él”... “Pietro, quizá esté prisionero en Perugia, a menos que haya... pero no tuvo fuerzas para pronunciar la temida palabra.

Si la buena señora Pica hubiera podido ver a su hijo en prisión se sentiría orgullosa.

Apesar de las enormes incomodidades que padecía, Francesco se encontraba legítimamente animoso y entonaba alegres canciones para tonificar a sus compañeros de prisión, charlando con ellos, y repitiendo los mejores relatos de caballeros y las joviales baladas q' su madre le enseñara en el jardín de Assisi.

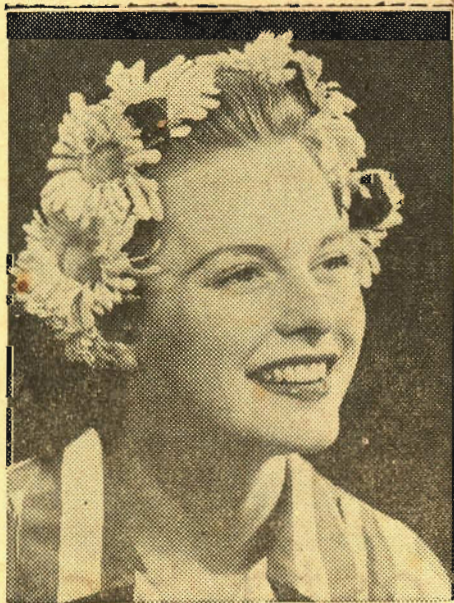
Aproximadamente un año después de su encierro fue puesto en libertad y ansiosamente fue al encuentro de la bienvenida que le esperaba en Assisi.

—“Hijo mío, mi Francesco, estás enfermo”, exclamó la madre al verlo. “La vida en un húmedo calabozo no es favorable a la salud. Ven, hijo mío, debes descansar”.

—“¿Descansar, madre? He estado tanto encerrado que necesito divertirme”.

La madre movió la cabeza tristemente al verlo retornar a su alegre y disipada vida, aunque tal cosa no sería por mucho tiempo.

(Continuará)



Mirando

un Porvenir Risueño...

EL SEGURO DE VIDA es el aliado de la mujer en todas las edades.

Pídale a su padre, a su esposo o a su hijo asegurar el bienestar del hogar siempre...!

Solicite detalles a

Instituto Nacional de Seguros

Tel. 5800

COMPRE LOTERIA NACIONAL

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos aumentar las comodidades, y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

Aproveche

las facilidades que en su

SECCION DE AHORROS

le ofrece el

Banco de Costa Rica